



GAMBETTA

Un día, hace muchos, muchísimos años, en la mesa redonda del Hotel del Senado, la cual os he descrito ya—pequeñita, en el fondo de un estrecho patio de piso frío y desnudo, donde se veían adelfas y boneteros, plantados en clásicas macetas pintadas de verde—ante un suntuoso festín á dos francos por cabeza, se encontraron Gambetta y Rochefort. Yo había convidado á Rochefort. Ocurría-

me algunas veces invitar á un amigo, á mi compañero, al día siguiente de cobrar algún artículo en el *Figaro*, cuando me sonreía la fortuna; así había alguna variación y cierta alegría en nuestra mesa, ordinariamente muy provinciana. Por desgracia, Gambetta y Rochefort no estaban hechos para entenderse, y aún creo recordar que aquella noche no se hablaron. Me parece estar viéndolos cada uno á un extremo de la mesa, separados por toda la extensión del mantel y ya tales como han sido luego: el uno concentrado en sí mismo, con sonrisa seca y desabrida, y cara de vinagre; el otro siempre riendo á carcajadas, chillando, gesticulando, desbordado y espumoso como un barril de vino de Cahors. ¡Y cuántas cosas, cuántos acontecimientos había, sin que nadie pudiera sospecharlo, entre aquellos dos hombres, alejándose el uno del otro, en medio de los botes de alquitrán y de los servilletos de una pobre mesa de estudiantes!

El Gambetta de entonces paseaba su fatuidad y aturdía con su atronadora facundia los cafés del barrio Latino. Pero

no vayáis á equivocaros: los cafés del barrio Latino no eran sólo cafés donde se bebe y se fuma. En medio de París, amordazado, sin vida pública y sin periódicos, aquellas reuniones de la juventud estudiosa y generosa eran verdaderas escuelas de oposición, ó más bien de resistencia legal; eran los únicos sitios donde aún se dejaba oír la palabra libre. Cada uno de ellos tenía su orador predilecto; una mesa que en determinados momentos se convertía casi en una tribuna, y cada orador, en el barrio, tenía sus admiradores y sus partidarios.

—En Voltaire está Larmina, que es muy bueno... ¡demonio! ¡Vaya si es bueno el Larmina del Voltaire!...

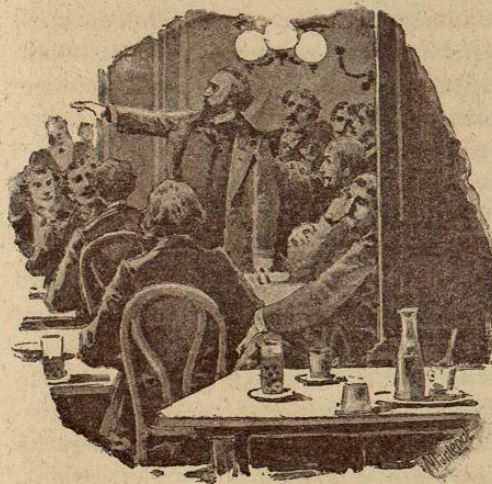
—No digo que no; pero en Procopio hay un Pesquidoux que vale todavía más que él.

Y se iban en grandes grupos, peregrinando, al café de Voltaire para oír á Larmina, y luego al café de Procopio para oír á Pesquidoux, con la fe cándida, ardiente, de los veinte años en aquella época. En suma: aquellas discusiones alrededor de un jarro de cerveza, en me-

dio del humo de las pipas, preparaban una generación y mantenían despierta á esta Francia que algunos han creído definitivamente cloroformizada. Más de un doctrinario (1) de esos que han prosperado, ó que esperan prosperar, que fingen hacia aquellas costumbres un desdén de buen gusto, y tratan de viejos estudiantes á los hombres nuevos, ha vivido mucho tiempo, y vive todavía (conozco más de uno), de las migajas de elocuencia ó de razón que aquellos pródigos dejaban caer debajo de la mesa. Claro está que algunos de nuestros jóvenes tribunos se retrasaron, envejecieron y pasaron el tiempo hablando, sin hacer nada de provecho. Todo ejército tiene sus rezagados, á quienes al fin y al cabo abandona la vanguardia; pero Gambetta no era de esos. Si echaba los bofes charlando por las noches en un café, no lo hacía nunca sino después de haber aprovechado el día realizando verdadero trabajo. Como la máquina de una fábrica desahoga echando vapor á

(1) Escrito en 1878 para el *Nouveau Temps*, de San Petersburgo.

la calle, iba allí para desahogarse del exceso de numen y de ideas. Esto no le impedía ser un buen estadista y obtener éxitos en la conferencia Molé, y obtener



premios y conquistar los títulos y diplomas. Una noche, en casa de madame Ancelot—¡cuánto tiempo hace de esto, Dios mío!—en aquel salón de la calle de San Guillermo, lleno de viejos pedantes y pájaros enjaulados, recuerdo haber

oído decir á la bondadosa señora de la casa: «Mi yerno, Lachaud, tiene un nuevo secretario, un joven muy elocuente, según dicen, con un apellido muy raro... esperad... se llama... se llama el señor Gambetta.» Seguramente la buena vieja estaba muy lejos de prever hasta dónde llegaría aquel joven secretario que decían que era elocuente y que tenía un apellido tan raro.

Y, sin embargo, aparte el inevitable apaciguamiento que la práctica de la vida se encarga de enseñar á seres menos inteligentes que él, y otras cosas aprendidas en el ejercicio del poder y el manejo de los negocios públicos, era ya el Gambetta de aquellos tiempos, en lo que al conjunto del carácter y de la fisonomía se refiere, el mismo que luego ha sido. Todavía no era grueso, pero sí robusto y fuerte, con los hombros anchos, aspecto franco, aficionado á apoyarse en el brazo de un amigo mientras charlaba y andaba; hablaba mucho, con cualquier motivo, con aquella dura voz meridional que corta las frases como una péndola y marca las palabras como

si las esculpiera; pero también oía, preguntaba, leía, se asimilaba todo género de conocimientos y preparaba ese enorme almacén de hechos y de ideas, tan necesario á quien pretende dirigir una época y un país tan complicados como los nuestros. Gambetta es uno de los pocos hombres políticos que tienen aficiones artísticas y que cree que las letras no dejan de tener importancia para la vida de un pueblo. Esta preocupación aparece de ordinario en sus conversaciones y se transparenta hasta en sus discursos; pero sin pedantería, sin pretensiones y como si procediera de quien ha visto á los artistas de cerca, para el cual son familiares y corrientes las cosas de literatura y de artes. Allá en los tiempos del Hotel del Senado, el joven abogado, de quien yo era amigo, solía perder la clase algún día para ir á los Museos á admirar las obras maestras, ó para defender, en los primeros días de inaugurado el Salón anual contra los adormecidos y los rezagados, al pintor Francisco Millet, por entonces desconocido.

Su iniciador y su guía entre los siete

círculos del infierno de la pintura, era un meridional como él, de más edad que él, velludo, huraño, con unos ojos terribles, que se veían brillar bajo unas enormes cejas que le caían sobre los párpados, como hoguera de bandidos encendida en lo hondo de una caverna disimulada entre la maleza. Era Teófilo Silvestre, hablador soberbio é infatigable, con voz de montañés, que sonaba á hierro; escritor de mucho nervio; crítico de arte incomparable, entusiasta por los pintores, á los cuales creaba, como se suele decir, con la inteligente sutileza de un enamorado y de un poeta. Quería á Gambetta cuando éste era desconocido, y no hablaba más que en familia; siguió queriéndole siempre, á pesar de terribles disentimientos políticos, y vino á morir un día á su mesa, puede decirse que de alegría y en la embriaguez de una tardía reconciliación. Sus paseos por el Salón, por el Louvre, del brazo de Teófilo Silvestre, habían dado á Gambetta, entre ciertos estadistas en agraz, desde chiquillos estirados y peripuestos, una reputación de perezoso. Esos son los que

ahora, hechos ya hombres, siempre pagados de sí mismos y siempre cerrados herméticamente, lo trataron, entre sus amigos, de hombre frívolo y de político poco serio, porque se complace en frecuentar la amistad de un muchacho de talento que es cómico. Eso, lo más que probaría, es que, lo mismo entonces que ahora, Gambetta conoce á los hombres y sabe el gran secreto para servirse de ellos, que es el de hacerse querer por todos. Un rasgo de carácter que acabará de pintar al Gambetta de entonces: aquella voz de bocina, aquel hablador terrible, aquel gran gascón, no era de Gascuña. ¿Sería influencia de la raza? Pero por más de un concepto aquel endiablado hijo de Cahors se aproximaba á la frontera y á la prudencia italianas; la mezcla de sangre genovesa hacía de él un avisado provenzal. Hablaba mucho; hablaba siempre, pero no se dejaba arrastrar por el torbellino de la palabra; era muy entusiasta, pero sabía siempre el punto preciso en el cual debía detenerse su entusiasmo,—y, para decirlo de una vez y en una frase, — es tal vez el

único hombre que conozco que, hablando mucho, no fuera al mismo tiempo un detestable prometedor.

Una mañana, como acababa por suceder siempre, aquella ruidosa bandada de jóvenes que anidaba en el Hotel del Senado tomó vuelo en cuanto comprendió que sus alas habían crecido. Uno tomó hacia el Norte, otro hacia el Sur; se dispersaron por los cuatro puntos cardinales. Gambetta y yo nos perdimos de vista. Yo no lo olvidé, sin embargo; trabajando por mi cuenta y viviendo muy apartado de la política, me preguntaba á mí mismo algunas veces: «¿Dónde habrá ido á parar aquel amigo mío de Cahors?» y me hubiera asombrado saber que no estaba en camino de ser un personaje.

Algunos años después, hallándome en el Senado, no en el hotel, sino en el palacio del Senado, una noche de recepción oficial, habíame refugiado lejos de la música y del ruido en el rincón del diván de un salón de billar, instalado en dos inmensas habitaciones suntuosas, de un techo tan alto, que hubieran podido

contener suspiros de la reina María de Médicis. Era en época de crisis, en época de veleidades, de amabilidad que tenía el Imperio, el cual, haciendo el amor á los partidos, hablaba de mutuas concesiones, y bajo capa de reformas trataba de atraerse, al mismo tiempo que á los republicanos menos comprometidos, á los últimos supervivientes de la antigua burguesía liberal. Odilon Barrot, me acuerdo muy bien; el venerable Odilon Barrot estaba jugando al billar. Toda una falange de viejos ó de hombres prematuramente graves le rodeaba, menos atenta, ciertamente, á sus carambolas que á su persona. Esperaba sólo que cayese una frase, una palabra de aquellos labios, un tiempo tan elocuentes, para recoger la palabra ó la frase, y encerrarla como reliquia en un ara, piadosamente, devotamente, como hizo el ángel con la lágrima de Eloa. Pero Odilon Barrot se obstinaba en callar; daba tiza al taco, empujaba las bolas con ademán noble y digno, con un hermoso gesto, en el cual parecía revivir todo un pasado de solemnidad burguesa y de parlamenta-

rismo estirado y peripuesto. Tampoco hablaban los que lo rodeaban; aquellos padres conscriptos de otros tiempos; aquellos Epaminondas, adormilados desde Luis Felipe y desde 1848, no hablaban más que en voz muy baja, como quien no ha concluido de despertar de un sueño.

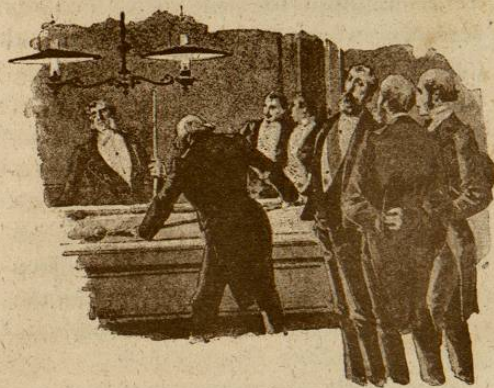


Al vuelo se sorprendían algunas veces frases como éstas: «Gran escándalo... proceso Baudin... escándalo... Baudin.» Como yo no leía periódicos y había salido muy tarde de casa aquella noche, no sabía lo que era

aquel famoso proceso. De pronto oí el nombre de Gambetta.—«¿Quién diablos será ese señor Gambetta?» decía uno de aquellos viejos con impertinencia espontánea ó fingida.

Todos los recuerdos de mi vida en el barrio Latino acudieron á mi mente. Estaba yo muy tranquilo en mi rincón, independiente como un pobre hombre de

letras que se ganaba la vida escribiendo, y muy desligado de todo compromiso y de toda ambición política, para que aquel arcópagó, por venerable que fuese, me impusiera poco ni mucho. Me



levanté y dije:—«¿Ese Sr. Gambetta? Pues ese Sr. Gambetta es un hombre muy notable... Lo conocí siendo muy joven, y todos nosotros le predecíamos un magnífico porvenir.» ¡Si hubierais visto la estupefacción general al oír aquello, los tacos de billar suspendidos y hasta las mismas bolas que parecían mirarme

asombradas! ¿De dónde saldría aquel desconocido que osaba defender á otro, y nada menos que delante de Odilon Barrot? Un hombre de talento (en todas partes los hay), el Sr. Oscar de Vallée, me salvó. Era abogado, procurador general del Imperio, ¡qué sé yo cuántas cosas!, y su toga, que había dejado en el guardarropa, le daba derecho para hablar en todas partes, y habló: —«El señor tiene razón, mucha razón. El Ldo. Gambetta no es un cualquiera; todos le hacemos mucho caso en el Palacio de Justicia por su *elocuencia*...» Y viendo, sin duda, que la palabra «elocuencia» dejaba frío al auditorio, añadió insistiendo: «...¡por su elocuencia y por ser muy sudor!»

Vino el supremo asalto contra el Imperio; las masas cargadas de pólvora, preñadas de amenazas; París entero estremeciéndose á impulsos de no sé qué soplo precursor, como el buque se estremece al aproximarse la tempestad. ¡Ah! Vamos á tener muchas cosas que ver todos los de la generación actual, que nos quejábamos de no haber visto nada.

Gambetta, á consecuencia de su brillante informe en el proceso Baudin, estaba en vísperas de convertirse en grande hombre; los antiguos del partido republicano, los combatientes del 51, los desterrados, los *barbas viejas*, sentían por el joven tribuno enternecimientos paternales; la gente de los barrios lo esperaba todo del *abogado tuerto*, y los jóvenes no juraban más que por él. Lo encontré algunas veces: «¡Iban á elegirlo diputado!... ¡volvía de pronunciar un discurso en Lyon ó en Marsella!...» Siempre agitado, oliendo á revolucionario; siempre en una excitación propia de quien acaba de librar una batalla, hablando en alta voz, estrechando fuertemente la mano y echando hacia atrás sus cabellos con un gesto arrogante, lleno de decisión y de energía.

Muy simpático, más familiar que nunca y siempre dispuesto á que lo detuvieran en la calle para charlar ó para reir un rato: «¿Un almuerzo en Meudon?» respondió á un amigo suyo que lo invitaba á almorzar. Sí, por cierto; acepto con mucho gusto; pero lo dejaremos para